

**Carles MANERA, *Història del creixement econòmic a Mallorca (1700-2000)*, Lleonard Muntaner, Palma, 2001, 484 pp.**

«No existe ni puede existir una historia de la economía española hasta, por lo menos, el siglo XIX, cuando las comunicaciones pueden dar una cierta unidad de mercado, y para escribirla deberá haber sido precedida de las historias parciales de las economías de varias zonas españolas». Desde que Román Perpiñá escribió esta frase en 1944 en el prólogo a la *Historia de la Economía Española* de Jaime Carrera Pujal, los últimos cuarenta años de intensa labor historiográfica han permitido acumular una importante base de monografías y artículos sobre la historia económica de cada una de las regiones españolas desde el siglo XVIII.

En este contexto, el libro de Carles Manera ilustra perfectamente la trayectoria y el contenido de lo que ha sido el progreso científico de la historia económica regional española en los años recientes. De la trayectoria, porque la historia económica regional ha sido una parcela del conocimiento académico particular y –en este caso balear– felizmente sujeta a procesos de causación circular acumulativa a partir de ventajas de localización: esto es, sin el conocimiento de las fuentes locales visitadas en sucesivos repasos desde una tesina seminal y sin el impulso que ha ejercido la regionalización de la universidad española en su conexión con la sociedad de su entorno no estaríamos ahora en condiciones de poder reseñar esta bien documentada y teóricamente trabada obra.

Y en cuanto al contenido, este libro sintetiza y en cierta medida es vanguardia de lo que son las tendencias fundamentales de nuestra más novedosa y fructífera historia económica regional: el análisis a muy largo plazo para interpretar el presente como principal elemento de diferenciación del producto académico respecto a la ahora reinventada Nueva Geografía Económica, que tiene muy poco de nueva, nada de geografía, y debería denominarse nueva ciencia regional; el énfasis en el carácter acumulativo y en la continuidad frente a las rupturas del crecimiento económico moderno regional, un proceso de aumento del producto per capita acompañado y reforzado por cambios estructurales que habría que remontar a principios del XVIII y que es necesario estudiar a partir de una determinada base de exportación, pero también de un determinado *trade off* entre eficiencia de clase y eficiencia productiva, en un contexto de supuestos de comportamiento de los agentes económicos de carácter smithiano (deseos de mejorar la propia condición y disposición permutiva de los agentes individuales) y badhuriano (búsqueda de rentas, acción colectiva y existencia de intercambio forzado); y el afán comparativo con los procesos de crecimiento y especialización productiva de otras regiones españolas y europeas.

Aunque, como avisa Manera en la presentación de su libro, el objetivo fundamental del mismo es el crecimiento económico en Mallorca entre 1700 y 1930, la monografía incluye un largo capítulo inicial sobre la vocación exterior de la economía mallorquina desde el primer tercio del siglo XIII y otro incrustado como subapartado de las conclu-

siones con respecto a los cambios acaecidos desde 1940 a nuestros días; en definitiva, se estudia el cambio de la economía mallorquina desde la sociedad campesina feudal hasta la reciente especialización turística de la era de la globalización. La mera comparación de la extensión en páginas de la introducción y el subapartado (30 y 16 respectivamente), dada la aceleración del tiempo histórico y la importancia de los cambios económicos acaecidos después de la Guerra Civil, indica hasta qué punto una de las tareas ineludibles de la historia económica regional española en los próximos años será estudiar –al mismo nivel de intensidad que lo han sido los siglos XVIII, XIX y primer tercio del XX– el franquismo y el período de crisis económica y adaptación previa al ingreso en la entonces CEE (1975-1985) con las herramientas metodológicas –entre ellas la crítica de las abundantísimas fuentes cuantitativas disponibles– y la perspectiva propia del análisis histórico.

Si la consolidación de una pauta de crecimiento altamente depredadora del entorno natural para conseguir el producto per capita más elevado de España constituye el final de esta historia optimista del crecimiento mallorquín y balear, en sus orígenes deben situarse las ventajas naturales de localización de la isla y la cultura de mercado de sus habitantes. En efecto, desde la Edad Media, Mallorca se especializó en la intermediación comercial entre la Península Ibérica, el norte de África y el arco mediterráneo Marsella-Sicilia, función que, unida a la independencia en ciertos períodos de la Corona de Aragón, le permitieron consolidar una red comercial propia. A partir de 1343, con la incorporación definitiva a la Corona de Aragón, se reforzó también la especialización manufacturera textil cuando la Peste Negra alteró los precios relativos de los factores de producción y puso en dificultades a la competencia internacional, mientras que la despoblación abrió la vía para el paso posterior desde la ganadería extensiva a las producciones de la agricultura mediterránea cada vez más intensivas en trabajo, a medida que la tierra se fue convirtiendo en un bien más escaso al aumentar nuevamente la población y a medida que los poderosos aplicaron sus mecanismos de eficiencia de clase en detrimento de la eficiencia productiva.

La sociedad mallorquina, como otras sociedades del Antiguo Régimen, no estuvo, por tanto, ni aislada del mercado mundial ni vivió en el limbo de la armonía social. Si en este último caso, las autoridades se ocuparon de prevenir la protesta de los de abajo asegurando los avituallamientos, en el primero la economía mallorquina fue siempre una economía abierta porque era incapaz de producir todo lo necesario para la subsistencia de sus habitantes; como, además, la isla de Mallorca maximizaba la ratio costera por unidad de superficie (teniendo en cuenta su extensión y forma), el incentivo para desarrollar los intercambios interiores y exteriores (de aceite a cambio de trigo y arroz) fue muy importante (quizá aquí resida parte de la explicación de la espectacular tasa de urbanización que conoció Mallorca desde los inicios del siglo XVIII). Igual que en Cataluña o Valencia, a lo largo del XVIII los cereales (y también el aceite) retrocedieron en términos relativos frente a otras producciones en las que había mayores ventajas comparativas como las habas, el vino, los cultivos industriales (lino, cáñamo y morera) y los arbóreos (almonds, algarrobos, higueras, naranjos), muchos de ellos desarrollados autónomamente por los campesinos. Ello requirió una ampliación de la superficie cultivada, aunque extensificación e intensificación corrieron paralelas gracias a la sustitución de cultivos. La diversificación de la agricultura amplió la base de exportación.

El predominio del régimen señorial no bloqueó la orientación comercial porque los rentistas preferían liquidez a cambio de la cesión en enfiteusis de sus dominios, aunque algunos señores, como hicieron los grandes enfiteutas, no renunciaron a gestionar directamente los latifundios con mano de obra asalariada. En la primera mitad del XVIII los enfiteutas fueron comerciantes entregados a la exportación de aceite y a la especulación con el trigo en el mercado interior de las islas y en el peninsular a base de explotar directamente el trabajo jornalero o de manera indirecta el de las familias campesinas mediante arrendamientos de corta duración. En la segunda mitad del siglo apareció ya una clase rural de medianos y grandes enfiteutas que controlaron la reorientación comercial de la agricultura por este último sistema. Aunque el mercado interior era estrecho, la combinación de una elevada y genuina urbanización y la existencia de una oferta de mano de obra subempleada en la agricultura permitieron la difusión de la manufactura rural destinada al consumo local y crecientemente a la exportación. La tradición manufacturera debió alcanzar entonces un espesor solo superado por Cataluña.

En el primer tercio del siglo XIX todos estos cambios se consolidaron. En 1825 la población urbana ascendía ya al 51 % de la total de Mallorca, y en los arrabales de Palma se extendió el sistema de trabajo a domicilio sobre la base de la pequeña propiedad campesina que no liberaba fuerza de trabajo en sentido estricto sino tiempo de trabajo para las manufacturas urbanas. Lo mismo sucedió en los núcleos urbanos de aquellas comarcas en las que el campesinado se especializó en la producción de los cultivos de exportación de demanda más elástica que el aceite. Como en la periferia de la ciudad principal, el trabajo a tiempo parcial en la manufactura fue aquí también la tónica dominante, lo que no excluyó la aparición de modernas fábricas vinculadas al capital mercantil. Así, en el sector jabonero se pasó de transformar la materia prima local, el aceite, a tener que importarla junto con la barrilla, lo que muestra que las ventajas comparativas de la isla estaban en los bajos salarios y el saber hacer de la mano de obra adiestrada en la tradición artesanal y en el uso de las nuevas tecnologías a las que se accedió merced a las conexiones que proporcionaba el comercio mediterráneo. Esto modificó progresivamente la estructura de las exportaciones y el predominio del aceite fue cediendo ante el avance de los productos manufacturados.

Trabajo adiestrado en la tradición artesanal relativamente abundante y capital más escaso procedente de las actividades comerciales fueron los fundamentos del crecimiento económico de Mallorca entre 1860 y 1930. La reasignación de activos y horas de trabajo desde la agricultura a la industria y de tierra dentro de la propia agricultura, junto con el cambio tecnológico que supuso el ferrocarril aportaron los correspondientes aumentos de producción por mejora de eficiencia. En el sector agrario, el descenso –que ya venía de atrás– de las producciones de menor valor añadido (cereales y olivos) se compensó con un aumento de las superficies destinadas a los cultivos de más valor añadido (almendros, algarrobos e higueras). Ello, unido a la reducción de activos y horas trabajadas en el sector agrario, permitió el incremento de la productividad del trabajo agrícola. La transformación del sector agrario tuvo efectos de arrastre sobre otras producciones que utilizaba como *input*: incentivó el desarrollo de la producción de abonos químicos y también permitió el desarrollo de pequeños talleres para la fabricación de maquinaria adaptada a las necesidades del campo balear.

En todo caso, el mejor indicador de la transformación estructural de Mallorca fue el cambio de su base de exportación. A juzgar por las series que se incluyen en los anexos

del libro, entre 1857 y 1899 el 55 % del valor total de las exportaciones correspondió a productos industriales, y en 1900-1920 el porcentaje se mantuvo con unas décimas al alza. Los grandes protagonistas de ese comercio fueron el calzado y los tejidos de lana y algodón destinados al mercado nacional y hasta 1898 al antillano, tras la rápida decadencia de la floreciente industria jabonera a partir de 1865, que es cuando en Cataluña se empezó a utilizar sosa artificial para la fabricación de jabón. La industria, que a mediados del XIX estaba muy concentrada en el ramo agroalimentario tradicional, con el textil, todavía manual, y el químico-jabonero siguiéndole en importancia, se diversificó hacia los nuevos sectores exportadores: en 1900, la suma del textil, el cuero y el calzado alcanzaba el mismo porcentaje que el agroalimentario. Luego, la flexibilidad que introdujo el motor eléctrico –cuya difusión fue posible a partir de la construcción de una central eléctrica alimentada con lignitos insulares–, permitió a las pequeñas empresas textiles mecanizarse, con las consiguientes ganancias de productividad, y adaptarse rápidamente a los cambios en la demanda y en los gustos de los consumidores.

Ahora bien, si el desarrollo del textil se vio constreñido por la competencia catalana pese a su progresiva mecanización, el ramo del calzado, cuyo principal competidor era Estados Unidos, pudo desenvolverse sin problemas siguiendo una estrategia intensiva en trabajo renunciando a la mecanización (de ahí los bajos niveles de consumo de energía eléctrica de las islas). Ello fue posible por los bajos salarios del trabajo femenino a domicilio, en un contexto de mayor escasez de capital público y privado en comparación con otras regiones. El 70 % de los dos millones de zapatos que producían anualmente las islas eran fabricados en empresas que hoy llamaríamos sumergidas, es decir, con cambios frecuentes de domicilio, una gran dispersión de la mano de obra (que pudo llegar a los 4.000 operarios, la mayoría mujeres) y testaferros en las exportaciones para ocultarse de la hacienda estatal.

Después de la Guerra Civil, la trayectoria histórica acumulada de crecimiento económico situó a Mallorca en el cuarto puesto en el ranking español de PIB per capita. Dado ese relativamente elevado nivel de riqueza (en 1959 mantenía la misma posición) y la evolucionada estructura productiva, las posibilidades de crecimiento de la economía balear fueron menores que las de las regiones atrasadas de España durante el período de desarrollismo, por lo que creció más despacio que la media aunque mucho más deprisa que en ningún otro momento de su pasado. Además, a diferencia de regiones industrializadas como Cataluña y el País Vasco, Mallorca se concentró en el turismo y la construcción: gracias a su posición estratégica en el Mediterráneo, a las políticas keynesianas europeas, y a la supresión de las barreras a la entrada de visitantes, la isla pasó de 600.000 a 3.600.000 visitantes entre 1960 y 1973, y desde 1969 superó la media del PIB per capita comunitario. Pero también es interesante resaltar por qué logró este temprano éxito frente a otras islas como Córcega, Cerdeña, Sicilia o Malta. Según Manera, la tradición de Mallorca en producir para vender y en intermediar entre la oferta y la demanda habían acumulado entonces una cultura de reducción de costes de transacción y de adaptación productiva a los cambios del mercado por parte de los inversores y de la mano de obra que no se había logrado en esas otras zonas con similares ventajas absolutas en cuanto a localización, clima y paisaje: sin conocer el poco espectacular pero persistente y acumulativo crecimiento económico que arrancaba desde principios del XVIII, el milagro balear de la década de 1960 sería imposible de explicar.

La estructura productiva se orientó entonces en la dirección de la terciarización también mucho antes que ninguna otra región de España con la excepción de Madrid. Merced al turismo, una actividad muy intensiva en empleo –la única prácticamente que siguió alimentando los movimientos migratorios intraregionales desde 1975–, Mallorca sorteó mejor el período de crisis económica que otras regiones de la España rica y en 1999 su PIB per capita superaba el promedio de la Europa comunitaria, como venía ocurriendo ininterrumpidamente desde 1969, convirtiéndose en la región más rica de España. Desgraciadamente, el turismo también ha sido una actividad muy extensiva en la utilización del suelo, lo que ha producido unas externalidades negativas indudables por la destrucción de parajes naturales, a las que hay que unir el agotamiento de las reservas de agua y la saturación de residuos sólidos urbanos. De la capacidad de respuesta de los agentes locales a los retos de la nueva demanda en favor de un servicio de más calidad, dependerá que el superior coste social respecto al coste privado que genera la actividad turística se vaya acortando en el tiempo, y el modelo balear de crecimiento (envidia de otras regiones) sea sostenible en el futuro. A juzgar por las lecciones del pasado de la historia del crecimiento económico mallorquín estudiado ejemplarmente por Carles Manera no resulta nada aventurado pronosticar que el éxito está más que asegurado.

RAFAEL DOMÍNGUEZ MARTÍN